



II

Carlos

ME resolví, pues, á pasar la noche en Manantial, pueblecillo que suponía á lo más á una legua de allí. Quedándome, en consecuencia, tiempo sobrado, en nada podía emplearlo mejor que en echar una siesta bajo los árboles, en medio de la verde campiña.

El sitio en que me hallaba era uno de los más pintorescos en los bosques que se extienden desde el Puente Nacional hasta Vergara. En estas espesuras vense estrechos senderos abiertos por el hacha, y se prolongan en diversas direcciones bajo una bóveda de ramaje casi impenetrable. Junto á estos senderos una vegetación lozana se opone á los pasos del hombre. Largas enredaderas trepan y se lían por los árboles. Entre las palmeras, cuyas ramas lucientes y gigantescas se encorvan hasta el suelo, el cocotero cubre con sus anchas hojas en forma de abanico sus sartas de frutos.

Sufrí la enervante influencia del calor y me dormí

sin cuidado alguno por mi caballo. Además de que era una presa nada codiciable, en aquella parte del suelo mejicano es proverbial la honradez de los habitantes. Estaba ya algo adelantada la tarde cuando desperté y la brisa empezaba á moderar el ardor de la atmósfera. Encima de los árboles que me habían protegido con su sombra, los papagayos, más numerosos que un enjambre, acentuaban su ruidosa y discordante algarabía, capaz de crispar los nervios de la persona menos delicada. Montando el triste rocín que la suerte me deparaba, penetré en la senda trillada que debía conducirme á Manantial.

Al cabo de media hora de una marcha penosa, perseguido siempre por la irritante algarabía de los papagayos, distinguí á un jinete que iba delante. Este hombre, un jarocho, por su traje, parecía aun más mal humorado que yo. Inclinado á la derecha adelantaba muy poco camino, gesticulaba y levantaba los puños con todas las señales de una rabia concentrada.

Satisfecho de la casualidad que me proporcionaba un compañero de infortunio, creí un deber ofrecerle mis consuelos y ¡pardiez! que lo conseguí demasiado bien. Apenas, á fuerza de espolazos, puse mi caballo junto al suyo, una carcajada repentina dió término á su desesperación.

—¿Acaso se ríe V. de mí? le pregunté con aspereza.

—De V. no, caballero, más perdone V. que, al aspecto de su cabalgadura haya olvidado mi urbanidad habitual.

—Sin embargo, me parece que mi caballo no es mucho más feo que el que V. monta, repuse sorprendido.

—Precisamente celebro el haber hallado uno todavía más feo que el mío.

Y el hombre volvió á reírse con tanta naturalidad

que llegó á contagiarme y uní mis carcajadas á las suyas. Sin embargo, pasada esta primera expansión de risa, continuamos nuestro camino, el uno junto al otro, sin pronunciar una palabra más. Los papagayos aumentaban su algarabía infernal, y como yo estaba picado del silencio de mi compañero, por distracción y por desahogo resolví pegarles un tiro á las malditas aves: disparé á la ventura á través de las ramas entrelazadas sobre nuestras cabezas, y tuve la inesperada satisfacción de que cayese aleteando á nuestros pies uno de los infernales papagayos. El jarocho me miró con aire intranquilo de admiración.

—¿Le había apuntado V.? me preguntó.

—Sin duda, respondí en tono brusco. Y esto le probará á V. que es peligroso á veces burlarse de una persona sin conocerla.

A estas palabras, el jarocho paró su caballo, y en actitud altiva, con una mano en la cintura, mientras con la otra se calaba su sombrero de paja hasta las cejas exclamó:

—*Oigasté, zeño desconosío*, soy de una raza y de un país en que se habla poco y se obra mucho. No ha sido mi ánimo ofender á V., pero si busca camorra tropezará con la horma de su zapato, pues á pesar de la desigualdad de nuestras armas haré con la mía todo cuanto pueda.

Y, fiel á la costumbre de los suyos, que no dejan nunca de llamar la poesía al auxilio de su valor, cantó, con voz más fuerte que armoniosa, lo siguiente:

«A ese mi competidor
dile que llevo cortante;
si tiene *jiervo* y valor
que se me ponga delante.»

Al concluir sacó su afilado machete y empezó hacer el molinete con él. Imitando su ejemplo, desenvainé mi sable. Un combate en este sitio solitario, sin más testigos que las aves, tenía algo de caballeresco;

pero los caballos que montábamos correspondían tan poco á nuestras disposiciones belicosas, y era su aspecto tan grotesco y pacífico que en el momento mismo de cruzar las armas y al mirarnos cara á cara, no pudimos mantener nuestra formalidad. La pasión de risa que antes nos diera renovóse ahora con mayor estrépito. Recobré el primero la calma, y dije á mi adversario que habiéndome dicho que no era su intención ofenderme, había terminado nuestra querrela, y que toda pretensión belicosa hubiera sido incompatible con nuestras humildes cabalgaduras. El jarocho me tendió la mano y al renovar su satisfacción añadió:

—Además de no haber motivo para batirnos tengo otro desafío pendiente, y hubiera faltado á un grave deber metiéndome en esto antes de haber arreglado lo otro.

Seguimos nuestra marcha, y para dar otro giro á la conversación, recordando lo que había oído horas antes á los dos jinetes, dije:

—Creo que mañana tienen ustedes fandango en Manantial.

—¡Sí, voto al chápirol! Ofrecí á doña Sacramento un lazo de cintas encarnadas y vengo sin haberlo encontrado. Cuando se ha reunido V. conmigo maldecía mi mala estrella. ¿Acaso va V. también á Manantial para asistir á la fiesta?

—Ha acertado V., pero únicamente á la casualidad se debe que haya tomado este camino, pues á no haberme ocurrido cierto percance, pensaba dormir en Veracruz esta noche.

—Me parece que no se arrepentirá V. de ese contratiempo. Habrá mucha animación, y una mesa de monte á cada paso. Pero, ¿Dónde parará V. en Manantial, si no hay posada?

—¡Qué diantrel en casa de V., puesto que gusta de que concurra á la fiesta.

El jarocho se inclinó en señal de asentimiento y principió á enumerarme las diversiones de que iba á disfrutar al día siguiente. Estábamos cerca del pueblo y mi compañero no cesaba de hablar. Había llegado la noche y caminábamos bajo un cielo sembrado de chispeantes estrellas.

Llegamos á un llano: aquí y allá había diseminadas cabañas de bambú con el techo de hojas de palmera: tal era Manantial.

Al son de la guitarra algunas mujeres vestidas de blanco y hombres con trajes pintorescos se anticipaban con el baile á las diversiones del día siguiente, mientras que algunas madres muy jóvenes trataban de hacer dormir cantando á sus niños suspendidos en hamacas. Entramos en el círculo de los que bailaban y una aclamación general me hizo saber el nombre de mi compañero.

—¡Aquí está Carlos!

Algunos de los hombres que no tomaban parte en el baile se acercaron amistosamente al jarocho, que los acogió de una manera distraída. Sus fruncidas cejas indicaban una emoción penosamente reprimida. La dirección de sus miradas me hizo conocer enseguida el objeto de su preocupación. Era una joven graciosísima, cuyos pies se movían con ligereza sobre la yerba. Adornaba sus cabellos negrísimos una diadema de flores mezcladas de *cucuyos*, cuyo brillante matiz ceñía su frente de una fantástica y misteriosa aureola. Vestida con un traje cuyos pliegues parecían platear los rayos de la luna, Sacramento con sus hombros desnudos semejaba á una de esas hadas que cuando todo duerme en los bosques bailan en medio de los rasos.

La mirada casi desdeñosa y de soslayo que dirigió al jarocho, y la expresión de éste, de enojo y de celos, me revelaron uno de esos dramas penosos, de esas luchas de la coquetería y del amor que se ven en todos los países del mundo.

Pero Carlos no parecía acostumbrado al desdén á sus obsequios, pues á la varonil belleza de sus facciones unía un aire notable de distinción. Aguardó que el baile hubiese terminado, y abriéndose paso por entre los grupos que había delante de nosotros se acercó á la joven, echando pie á tierra. Me hallaba demasiado lejos para oír sus palabras; sin embargo, gracias al fulgor que salía de una casa vecina y que les iluminaba completamente á los dos, pude observar una pantomima muy significativa.

Me convencí de que Carlos se excusaba respecto á la cinta encarnada que no pudo hallar y que defendía su causa sin éxito. Por los labios de la joven vagaba una sonrisa burlona, mientras sus rasgados ojos negros revelaban una ironía tan cruel que el jarocho parecía completamente desalentado: éste, nublada la frente escuchó acariciando el puño de su machete; luego dió dos pasos atrás y puso el pie en el estribo para alejarse; dirigió una última mirada á la joven antes de montar, pero mirada de ira, á la que respondió Sacramento con un movimiento de cabeza provocativo: desprendiéndose una flor de su cabellos, cayendo al suelo y el jarocho la miró con indecisión. Al principio ella no parecía observar esa indecisión; después, mientras sus manos afirmaban nuevamente su diadema de flores, con un gesto de coquetería que la hubiese envidiado una mujer de salón, señaló con la punta de su piesecito, calzado con zapato de raso azul, la que había caído sobre la yerba.

Viva alegría iluminó el semblante del jarocho; saltó del caballo, y después de recojer esa débil prenda de esperanza, volvió á montar, retirándose por la oscuridad.

Era evidente que en el exceso de su ventura se había olvidado de mí, y era natural, pero yo no podía pasar la noche al sereno. Salí, pues, en seguimiento de mi huesped.

—¡Eh! don Carlos, que olvida V. sin duda lo que me ha ofrecido.

—Perdone V., caballero, me dijo deteniéndose, á veces me distraigo. En nuestro país el extranjero está donde quiera en su casa. Con tanto mayor gusto le daré á V. hospitalidad cuanto que necesito que usted me corresponda con un consejo ó un servicio.

—Con muchísimo gusto.

Nos encaminamos á la cabaña del jarocho, situada al extremo del pueblecillo. Era un *jacal* como casi todas las viviendas allí. Junto á la cabaña había un cercado, en el cual andaban algunas cabras. Bananos cargados de sabrosos frutos extendían sus anchas hojas mecidas por la brisa.

La cabaña se dividía en tres piezas separadas por esteras de junco. En una de ellas una anciana preparaba la cena ante una hoguerita cuya llama rojiza era la única luz de aquel hogar. Era la madre de Carlos. Mientras desensillábamos los caballos mi compañero la explicó las circunstancias de nuestro encuentro. Ella en seguida nos sirvió la frugal cena, compuesta de habichuelas encarnadas de Tierra Caliente, muy celebradas en Méjico, bananas fritas y arroz con leche.

Acabada la cena la buena mujer se retiró, deseandome un sueño tranquilo. Carlos y yo permanecemos medio tumbados en nuestras mantas junto á la puerta abierta, y dejamos vagar las miradas por las llanuras que se extendían ante nosotros. El calor y los mosquitos obligan á recogerse tarde en los países cálidos.

Cerca de nosotros no se oía otro ruido que el viento de la noche que agitaba la yerba y el murmullo de un arroyo contiguo; pero más lejos los sonos agudos de las vihuelas mezclados á carcajadas femeninas anunciaban que también por aquella parte se prolongaba la velada. El jarocho guardaba silencio y yo me

entregaba á esa contemplación indolente tan propia de la vida tropical. Carlos me dijo:

—¿Ve V. esa niebla blanca, que amortigua la luz de las estrellas? La producen los vapores que se levantan de los lagos, de los ríos y de las cascadas. ¿Cree V. posible que, á la voz de ciertas criaturas, mortales como nosotros, esa niebla impalpable, extendida cual transparente velo, se condense, se transforme y nos ofrezca las imágenes de los amigos que se han perdido, ó de los enemigos que uno ha matado?

—Lo dudo, respondí sorprendido. Creía que esas supersticiones pertenecían solo á nuestros tristes países septentrionales, donde seguramente no deberían desear volver las almas de los que murieron.

—Aquí, continuó Carlos en tono solemne, los espíritus no temen la mansión de los vivos; les gusta vagar por los bosques y mecerse en las guirnaldas que forman las enredaderas. Pero veo que V. se sonríe: hablemos de otra cosa. ¿Ha visto V. á doña Sacramento?

—¿Aquella linda joven de la diadema de cucuyos?

—La misma. ¿Verdad que es bella? Hará unos seis meses que en un fandango á que no asistí por casualidad se armó una pendencia por causa de ella; pendencia que terminó con la muerte de un hombre: el matador metió espuelas á su caballo y se fugó: el muerto era pariente mío. Según costumbre del país, fui designado para vengar su muerte; lo cual, á la verdad, no me afligió gran cosa, porque amaba á doña Sacramento, y los que la aman son enemigos míos: sin embargo, acepté lo que exigía el honor. Sino se hubiese tratado más que de pedir cuenta de la sangre vertida con el arma en la mano, hubiera hecho todo lo posible por cumplir cuanto antes ese deber; pero era preciso descubrir la huella del asesino, cuidadosamente ocultada, y visitar los pueblos del litoral.

Entonces comprendí que amaba á Sacramento más que á mi vida, tal vez más que á mi honor, y aplazaba de día en día el instante de entrar en campaña. Hay indicios seguros para adivinar el huracán, puede seguirse paso á paso la pista invisible de un jaguar, la huella del hombre que se oculta, pero nadie puede leer en el corazón de la mujer. Veinte veces he creído ser amado de Sacramento y otras tantas sus desdenes han filtrado la duda en mi corazón, y no me atrevía á separarme de ella sin saber si se alegraría de mi ausencia ó haría votos por mi regreso. Aun hoy la incertidumbre tortura mi alma, y no obstante una voz vaga me dice que espere. Esta mañana hubiera podido marchar seguro de ver mi afecto desdeñado: esta noche vuelvo á sentirme halagado por una loca esperanza.

—A lo que veo, le dije, hay flores que obran prodigios.

—¡Cómo! exclamó el jarocho. ¿Ha visto V. lo que no vió nadie?

—He visto lo que ha podido ver todo el mundo; cuando una mujer da al hombre que la ama una flor que ella ha llevado, sabe que esa flor quiere decir á su amante que espere.

—¡Dios lo quiera! Sin embargo, no es la primera prenda que he recibido y ¿quién me dice que el día de mañana no desvanezca la ilusión de hoy? Desde que doña Sacramento vino á establecerse en Manantial, hace un año, mi vida se ha deslizado en estas alternativas de alegría y de tristeza, y el muerto aun no ha sido vengado. Traté de olvidarlo, pero otros lo han recordado por mí. La madre de él es una anciana: hará ocho días que la encontré, y quise evitar su presencia pues pasa por algo hechicera, pero me saludó diciendo: ¡los muertos tienen más memoria que los vivos! Preguntéla que quería decir con eso, aunque demasiado lo sabía: «¡esta noche lo vereis!»

respondió. En efecto por la noche, continuó Cárlos con voz alterada, estaba sentado como hoy en el umbral de esta puerta, formando proyectos insensatos: una neblina blanca velaba el cielo como ahora: de repente se interpuso una nube entre mis ojos y las estrellas, y esa nube tomó una forma humana: ¡era la sombra del difunto! Le ví distintamente de pie delante de mí; cerré los ojos, y cuando volví á abrirlos la sombra había desaparecido. Ahora comprenderá usted, caballero, puesto que tiene V. más instrucción que yo, por qué le he preguntado si las criaturas humanas pueden evocar los muertos.

Los hechiceros, los aparecidos y los maleficios representan un papel importante en las creencias de los jarocho. No me fué posible vencer á mi huésped de que en la soledad las imaginaciones ardientes se forjan mil quimeras que toman por realidades. Carlos movía la cabeza con aire incrédulo

—Concedo á V., dijo, que la sombra de mi pariente no haya sido evocada por un poder humano; pero se me habrá presentado por alguna influencia sobrenatural. Por consiguiente, ya he tomado mi resolución: no permaneceré en Manantial un día más, después de haberse puesto el sol de mañana; y, sin embargo, me cuesta un esfuerzo supremo el marcharme; ahora más que nunca hubiera deseado permanecer en este pueblo, que no quiero tanto por haber nacido en él como porque lo habita mi amada.

—¿No habría un medio de conciliar vuestro deber con vuestro amor?

—Uno, que consistiría en encontrar un amigo adicto, á quien delegar mi representación; un huésped constituye parte de la familia, y en este concepto, caballero, podría reemplazarme V. é ir en busca del matador, á quien persigo, el cual no le negaría á usted la revancha que le exigiría con las armas en la mano.

—Sería, en efecto, una misión honrosa para mí; pero no me creo capaz de llevar á cabo semejante tarea: lo único que puedo ofrecer á V. es acompañarle y ayudarle en sus pesquisas.

—Acepto la oferta, dijo el jarocho; saldremos pasado mañana.

Arreglado este asunto procuramos el modo de pasar la noche cómodamente. Tendímonos bajo el cobertizo que servía de vestíbulo á la cabaña. Una agradable brisa reinaba, disipando el calor, y las cigarras enmudecían. Soñé con los incidentes del día, y acabaron mis sueños trayendo á doña Sacramento la cabeza del matador á quien se proponía buscar mi huésped.

